

INDRA.

Oigo ruido. Tal vez vengan á defendernos. Déjame oler la flor del lotho que llevas en tu mano, y que sostiene un poco mi desmayada vida. Viene un nuevo dios.

MITHRA (entra y se sienta al lado de la luz roja).

Pierdo la vista. Mis piés se han gastado de recorrer los espacios. Mis manos se caen desfallecidas de pasar los mundos. Mis ojos se han cansado de despedir rayos de luz. Estoy fatigado. Me siento ya viejo. Yo creí que el ala del tiempo no se llevaba ni un solo día de la vida de los dioses. Me he engañado. Las estrellas se gastan bogando por el éther, y los dioses también se gastan en la conciencia humana que los devora como el mar la gota de lluvia caída sobre su gran superficie. Yo soy aquel que bajaba desde las cumbres de los mundos dorados por la eterna luz á las oscuras y profundas cavernas cubiertas por la nieve de la muerte. Yo soy aquel, todo ojos, todo oídos, que veía desde el sol de los soles cuando se alzaba sobre las esferas iluminando el Universo, hasta el insecto molecular que se ocultaba en la hoja de una rosa; y oía desde la tempestad de la primer

palabra que engendró la primer semilla de la materia en los espacios desiertos, hasta el último zumbido de las abejas en el fondo de su panal. Yo he regado la tierra con la lluvia, he fecundado la semilla, he abierto la flor en la planta, he madurado el fruto y he vuelto á depositar en la tierra la semilla desprendida de ese fruto; porque entre mis dos dedos oprimo el eterno círculo de la vida. Yo he unido el sol con la estrella, el rayo fugitivo de la luna con el vapor del lago, el aroma de la flor con el suspiro del aire, la rosa con su tallo, la abeja con el bosque, el ave con el cántico celeste, y he dado á cada sér una voz, una palabra, el fuego de la vida, distribuyendo entre todos el amor universal. ¡Cuánto se alegraban de verme todas las cosas, cuando recorría yo los espacios envuelto en los pliegues de mi manto, ceñida la frente con la diadema frígida, ocupadas las manos con la antorcha misteriosa de la vida, seguido de los génios que se dibujaban en los primeros rayos del alba, en los primeros resplandores de la aurora, mariposas del cielo que llevaban en sus alas de carmin y oro mi palabra hasta los últimos límites del Universo! Y ahora siento que se arruina el mundo bajo mis plantas. Y ahora veo rodar las estrellas, que me azotan la cara co-

mo las hojas arrancadas á los árboles por el cierzo. Y ahora la catarata de la vida que manaba al pié de mi ara se ha convertido en pedregoso y seco lecho de un torrente ya exhausto que sólo se hincha de vez en cuando con mis lágrimas. ¡Y yo soy un dios!

ORIEL (*acercándose á Mithra*).

Tal te hemos creído un día. Pero ya es hora de que te destronemos. Vosotros sólo vivís lo que quiere que viváis nuestra conciencia. Tú que bajabas á las cavernas cercanas á la nada, no has bajado nunca á mi corazón; tú que veías el insecto perdido en la hoja de la rosa, no has visto mi dolor; tú que oías el zumbido de la abeja trabajando en su panal, no has oído mi lamento ni el ruido de mi cadena; tú que llovías el amor universal sobre las yertas piedras, nos has animado mi pecho; tú que te complacias en ver todas las cosas, no te parabas jamás delante de este sér que sollozaba en los abismos, sin luz, sin esperanza. Ahora la tempestad del dolor, que tú creías sujeta á tu dominio, se ha desencadenado, y ha subido hasta tu cielo, y te arrastra, y apaga tu antorcha, y despedaza tu diadema, y rasga en pedazos tu manto, y troncha aquellas alas que te sos-

tenian sobre los espacios. Lloro, sí, lloro; que el esclavo anegado en un mar de sangre se levanta y te niega, y su negacion es como espesa nube que empaña tu divinidad y tu grandeza. Mira, la negra oruga de la nada te devora ya por los piés.

MITHRA (*se refugia en el santuario*).

¡Ísis! ¡Ísis! ¿Dónde habitas? ¿Por ventura el santuario está vacío? ¡Ísis! ¡Ísis! Sólo me responde el eco, prolongado lamento que se estrella en las paredes y en los intercolumnios del templo. Dáme un reflejo de tu lámpara, que se ha gastado la luz de mis ojos. Dáme un pedazo de tu manto, que he perdido en las garras del huracan mis vestiduras. Dáme una de esas blancas flores que flotan sobre las corrientes del Nilo, porque el aliento del calcinado desierto ha consumido hasta mis sienes. Dáme una gota de la miel que destilan tus árboles, porque al querer libar la vida en el Universo, ¡ay! he hallado el aguijon de una serpiente. Dáme fé, porque mis ideas caen sobre la desoladora soledad de mi alma como copos de nieve. ¡Ay! me muero, Ísis, me muero, si no me socorres con algun aliento de la madre naturaleza.

ISIS (*levantándose del suelo donde estaba tendida*).

Calla, calla. No turbes el silencio de la muerte. Un dios venido de la cima del Universo, un dios que iluminaba las cumbres de las montañas más altas de la tierra, un dios que recogía en su manto mundos y astros como el segador espigas, yace ahí, frío, yerto, sin vida, y su cuerpo se pulveriza, y nuevos dioses que van á tomar el vuelo hácia otras regiones salen de los átomos de sus cenizas, que en vano quiero volver á amasar con mis amargas lágrimas. ¿No ves por todas partes las larvas de nuevas dignidades que aguardan el soplo de una primavera del espíritu para romper su capullo y tomar alas y volar por los cielos como los mundos cuando surgían bañados por la primera luz de los negros abismos del no sér? Nosotros no tenemos ya templos. El Oriente es como un gran navío encallado en la arena, que han abandonado los navegantes. En vano el viento corre entre sus tablas, en vano la hirviente ola viene á besar de nuevo su quilla; como no se mueve, se pudre, y de sus maderas salen insectos, negras sabandijas, últimos restos de su vida. Todo perece. ¿Me conocerías á mí? Apenas puedo levantar el peso de mis párpados, que caen como una gran maza de

hierro sobre mis ojos. Apenas puedo tener en mis manos la flor del lotho, que se deshoja como si crudo invierno hubiera helado á los dioses. Mis pechos que amamantaban á la naturaleza, están secos. Mis labios, que despedían la brisa en el mar, están cárdenos. Mis plantas, que dejaban una huella de flores en mi camino, están llenas de espinas. Mis manos, que tegían las formas de todas las esencias, están tegiendo ahora con alas de los murciélagos que vuelan en torno del moribundo fuego del sacrificio, un manto para abrigarme en mi sepulcro. Mira otro dios que entra llorando por las puertas de esta necrópolis de dioses.

MYLITTA (*anda entre las cuatro luces*).

Yo soy la diosa del amor. Ando errante de flor en flor, de astro en astro, de sér en sér, como la única mariposa que se levanta del cáliz del Universo. Mi beso de fuego encendió en los espacios el sol. Las estrellas nebulosas han caído de mis ojos, y por eso en el cielo semejan una lágrima que corre por una megilla. Yo, dando mi cabellera y mi túnica al viento, ceñida la frente con mi diadema de torres, sentada en el lomo de un leon que agita sus guedejas como el sol sus rayos, hundidos los desnudos piés en el rocío de la

mañana, agitados los labios por un cántico, seguida de enjambres de mundos que me saludan como la dorada abeja saluda con su continuo zumbido la flor donde está guardada la dulce miel, voy por el Universo vertiendo el placer en todas las cosas, llevando el amor á todos los seres, para que se perpetúe la esencia de la vida. Cuando la paloma arrulla á sus hijuelos en su nido, cuando el ruiseñor canta en la florida rama del arbusto sus amores, cuando la abeja despliega sus alas y zumba y se embriaga en el aroma de la flor, cuando la fiera siente una pasión en sus implacables entrañas, cuando la blanca luna desciende melancólica y tierna á bañarse en el dormido lago, cuando la brisa suspira en la vela de bogadora nave ó el áura susurra entre las hojas, cuando la virgen sueña en su lecho y oye el cántico triste y apasionado de la amante serenata que interrumpe el silencio de la noche, yo estoy allí, yo, porque delirante, frenética, sin darme punto de reposo, llevo en mis labios el eterno beso del eterno amor, y en mi seno la fuente del placer universal. Pero, ¿ya no hay amor en la naturaleza? Siento que caen sobre mi alma los mundos convertidos en menuda lluvia de cenizas. Siento que el placer que me animaba se ha convertido

en un estremecimiento de dolor, y mis suspiros en el hipo y el estertor de la agonía. Donde antes el ruiseñor cantaba, silba ahora la serpiente. Donde antes anidaban las aves, anidan ahora las víboras. Los astros se ocultan como buhos en las cavernas y en los abismos. El zodiaco se ha convertido en inmensa culebra que de sus fátces despidе tinieblas sobre el esplendor y la claridad de los cielos. Yo quiero amar y no puedo. Abro mis brazos, y sólo estrecho sombras. Beso la tierra, y queda en mis labios en vez del fuego del amor que los animaba, amarga ceniza. Suspiro, y me contesta el silencio. Quiero correr, y mis piés se hunden y se pegan en la fermentación del podrido Universo. ¡Ay! ¡Ay! Ya no amo, ya no amo. ¡Ay! ¿Me muero yo, ó se muere la naturaleza?

ORIEL.

Mueres tú, mueres tú. Y mueres porque ese amor de que hablas es mentira. Si hubiera sido el amor puro, el amor verdadero que creó todas las cosas, al tocarlo hubiera perdido sus garras la muerte. Desespérate. La naturaleza se sonríe, los astros brillan, el cielo luce como en la primer noche de amores de la creación, el ruiseñor canta á la luz de la luna, el río murmura sus plega-

rias á la puerta del templo, las flores abren su corola para libar ansiosas las gotas de rocío; y tú, sólo tú, dejas caer la frente dolorida sobre el pecho, y mueres. No morirías si fueses el verdadero amor. Y hubieras sido el verdadero amor, si en vez de pararte sólo en los templos, en los palacios, sobre el lecho de púrpura y oro de los déspotas de Babilonia, hubieras bajado tambien hasta el calabozo donde en húmedo lecho de paja yacia el esclavo. Tú oías en tu delirio hasta el zumbido del insecto en el polvo, y no oías el lamento del esclavo en la ciudad. ¡Cuántas veces dolorido, desesperado, sintiendo los latidos de mi corazón que se perdian en la nada, te llamé para que vinieras á iluminar mis noches, á sonreír en mis sueños, á beber una lágrima mia, á dar un poco del fuego de tu vida á esta vida árida como arenoso desierto, y en vano cuando pasabas á teñir con tus rosados dedos la aurora y con tus besos á abrir el cáliz de las flores te llamaba, porque no oías el lamento del esclavo! Y eso te mata. No perecerías si fueses el amor universal; y serías el amor universal si hubieras abrigado hasta el esclavo en tu seno.

MYLITTA.

Ísis, Ísis, ampárame. Me muero, me muero. Los mortales ya me insultan, porque no tengo ni un rayo de luz en mis ojos con que iluminarlos. No dejes insepulto mi cadáver, que lo devorarán los buitres. Pónme sobre el cuerpo un puñado de tierra de las montañas sagradas, y en esa tierra planta algunas flores, para que al pasar las nubes depositen una lágrima sobre lo diosa que les enseñó á beber la vida en la ancha copa de los mares y á mecerse en el éther celeste. Pero aún, aún puedes darme un sorbo de vida...

ISIS.

¿A dónde venís, dioses del Oriente, á buscar la vida? ¿No sabeis que esta region es una region de sepulcros habitada por un ejército de momias? Me pedís mariposas, y sólo puedo daros las moscas que se pegan á los cadáveres. Me pedís ruiseñores, y sólo puedo daros murciélagos. Me pedís luz, y sólo puedo daros tinieblas. Me pedís amor, y sólo puedo consolaros con mi eterna viudez. La duda que se ha deslizado en la conciencia humana, ha herido tambien mi corazón con sus crueles mordeduras. No turbeis mi agonía. Dejad dormir

en paz á la última trasformacion posible de la naturaleza. ¿Aún, aún vienen más dioses desgraciados?

MELCARTH.

Yo soy, yo soy la fuerza de todas las cosas, el impetu de la catarata, el vuelo de la nube, la celeridad del rayo, el impulso del viento, la cohesion de la piedra, el movimiento del rio, el choque de las ondas, y los torbellinos del huracan y de las tormentas. Yo he nacido en el mar de Eritrea, he hollado la cima del Libano que me ofrecia para albergue sus cedros y los nidos de sus águilas, he bañado mis piés en los torrentes que bajan de estas sagradas montañas, he ido en la nave, arrullado por las olas, acariciado por el mar que se teñia de sus más suaves reflejos, ceñido de espumas, acompañado por el cántico de las brisas, á la tierra sagrada donde el sol despues de haber iluminado los espacios, venia á centellear al pié de mi ara como una chispa del fuego de mi sacrificio. Pero ¡ay! no sé ahora qué pasa por mí. Cuando llamo á la vida para que venga y lama mis piés, se retira y huye. Cuando digo á la brisa que me bese el rostro, me azóta los ojos y me ciega. Cuando me inclino sobre el mar,

me escupe á los lábios espuma tan amarga como el veneno de la vibora. Cuando recuerdo á la tierra mi antiguo dominio, lanza una carcajada de desprecio, á cuyo sacudimiento se arruinan las paredes de mi templo de Gades. En vano he removido las cenizas de mi altar buscando algunos restos del fuego del sacrificio; ni siquiera he encontrado una chispa; y tengo frio, como el marinero que en tempestuosa noche se ha acogido despues del naufragio á un escollo desde el cual sólo oye los lamentos de sus compañeros que se ahogan, confundidos con el siniestro estruendo del embravecido mar. Sobrenadaré en las olas como nave despedazada, como cetáceo desangrado, como isla flotante separada por el huracan de la tierra; y los peces devorarán mis restos, y las naves marinas vendrán á descansar sobre mi cadáver sin reconocer en mí un dios. Y aquí, en este último asilo que ha encontrado mi desgracia contra la tempestad, ¿no hay quien tenga de mí compasion?

ORIEL.

¡Compasion de tí, de tí, dios de Tiro! Calla, no blasfemes. El tigre hambriento tendido sobre su presa, desgarrando las carnes, rompiendo los

huesos con sus dientes, abrevándose en sangre humeante, es más misericordioso que tú, dios moribundo, compendio de todas las crueldades. ¿Te acuerdas de aquel día tremendo en que tus sacerdotes fenicios te ofrecían en holocausto un pedazo de mis entrañas, de mi corazón, mi hijo, sí, mi hijo? Estabas sereno, sonriente, sentado en tu altar como satisfecho de aquel sacrificio, y el fuego ardía pronto á devorar la víctima, y el aire más compasivo que tú repetía el amargo lloro de una madre y el resuello profundo del dolor de un padre. ¿Te acuerdas? Atizaron la hoguera, y en mi corazón atizaron el fuego de la desesperación. Dijeron en tu loor algunas palabras que rodaron como ondas de plomo derretido por mis huesos. Derramaron algunos granos de incienso, cuyo olor me trastornó como si fuera el olor de un veneno. Llevaron al pobre niño, tranquilo, sonriente; al pobre niño, cuyo rostro estaba teñido del carmin de la vida, cuyas venas latían como la yema del arbusto en primavera; al pobre niño, lleno de salud, de fuerza, hermoso, tan cuidado por sus padres, que sólo habían tenido para él amor y caricias; al pobre niño, que abrigábamos del frío estrechándole contra nuestro pecho, que libertábamos del calor poniéndolo

bajo las hojas del plátano cuando el mar nos enviaba sus brisas; al pobre niño, que en sus juegos, en sus palabras balbucientes, en su sonrisa nos había traído la inocencia de la primera edad, pues volvemos con nuestros hijos y con su vida á la infancia: lleváronle, decía, al pié del ara; y sin atender á nuestros ruegos, sin compadecerse de nuestras lágrimas, que hubieran ablandado las piedras, sin oír nuestros lamentos, le arrojaron, aunque se resistía con violencia, al holocausto; y las llamas ahogaron su voz, y consumieron sus carnes, y calcinaron sus huesos; mientras tú, en vez de blandir el rayo de la justicia sobre la frente de los verdugos, te sonreías recibiendo el humo del sacrificio, aspirando el olor de aquella ofrenda, en que se perdía la vida de tres seres tan desgraciados como inocentes. Yo perdí la razón, busqué en las cenizas los restos de mi hijo, besé mil veces aquel holocausto, y al ver perdido todo lo que amaba, estalló en mi alma una tempestad de maldiciones contra tan sangriento dios. La muerte, que no se ha apiadado de mí que sólo vivo para el dolor, te hiere á tí, que sólo vives para el placer. Yo desesperado pedí el no sér, mi aniquilamiento eterno al huracán, al rayo, al mar, á los abismos, y hubiera en mi delirio querido

que la nada se hubiese tragado conmigo á todo el Universo. ¿No es verdad que no hay dolor comparable á mi dolor? ¿No es verdad que hasta las piedras lloran al oír mis lamentos, al ver la sangre que destila mi corazón? Contempla, contempla todo cuanto nos rodea. Las esfinges derraman lágrimas, las estatuas se cubren el rostro con las manos, las momias se envuelven horrorizadas en su sudario de púrpura, los perros de granito aullan con lastimeros aullidos, las culebras de bronce azotan de dolor con sus colas el pié de los altares, y hasta los colosos se levantan para maldecirte; porque todos comprenden que los sacrificios humanos los matan y son la causa de su agonía de hoy, porque la justicia está pidiendo que se celebre en desagravio al pié de la humanidad un sacrificio de dioses.

MELCARTH.

¿Qué oigo? Los hombres se levantan hasta mi divinidad, y la niegan, y la desconocen, y la escupen. ¡Oh afrenta! ¿Qué haceis ahí, dioses, que no me ayudais á derrocar la soberbia de este misero esclavo en los abismos? Primera palabra que rodaste sobre el caos, ven á mis labios para aniquilar con tu poder á este malvado, que debién-

dome la vida me niega la vida de sus hijos. As-tros que volásteis sobre la cima de la tierra, abra-sad con vuestras alas de fuego al protervo; tiempo, que saliste del negro abismo de la eternidad, encadénalo á tu carro, y arrastrándolo por los espacios conviértelo en cenizas; deseo, que en los primeros días de la creación animaste todas las cosas, dá á cada uno de los átomos de su cuerpo una sed que no se pueda satisfacer, un hambre que no se pueda hartar, una lascivia que lo consume en eterno fuego; éther, que naciste del amor de las nubes con el deseo, borra hasta la huella de la esperanza del seno de sus dolores; soplo del espíritu universal, fuerzas todas de la naturaleza, dioses de todos los templos, gé-nios del mal, abismos, infiernos, venid, venid á auxiliarme en mi venganza. Pero ¿qué digo? Mi barba está nevada. Mis lágrimas de rabia se cuajan sobre mi faz en témpanos de hielo. En el fuego del sacrificio apagado las víboras se arrastran y envían soplo letal á mis labios. El templo se des-vanece. Estoy ciego. Se han quebrado en el hue-co de mis ojos mis pupilas de diamantes. No me puedo mirar. El dios que disponía de todas las cosas, de todos los seres, ¡ay! es un mendigo. Estoy aterido de frío. ¿No hay quien me socorra?

ISIS (*con voz espirante*).

No... no...

ORIEL.

Estoy vengado de los dioses que me esclavizaron. Pero una venganza no es una verdad. ¿Dónde está la verdad? (*Cae de rodillas al pie del santuario*).

HERMES.

Veo morir por todas partes divinidades, númenes antiguos, ideales de los pueblos, géneos que desaparecen como las flores cuando brota el fruto, como las hojas cuando viene el invierno, como las alas de la mariposa cuando llegan á la última transformación de su vida, como las estrellas cuando el sol aparece esplendoroso por el Oriente. Donde quiera que me vuelvo, descubro serpientes que espiran, esfinges que se revuelcan en la agonía, cocodrilos que en vano abren sus fauces para recibir el humo del incienso y mueren, dioses cuyos miembros se descomponen como el árbol herido por el hacha del leñador, colosos que se hunden por su propia pesadumbre en las cavernas, cetros rotos, diademas despedazadas, símbolos sin idea,

geroglíficos sin sentido, himnos que se desvanecen como el lamento del buho en el desierto, aras arruinadas, sacrificios interrumpidos, lirás que han perdido su antiguo son, sacerdotes que rasgan sus vestiduras y dejan caer sus coronas, oráculos que quieren pronunciar una palabra y enmudecen; de suerte que todo cuanto hemos querido, soñado, bendecido, puesto en los altares, todos, todos nuestros dioses son fantasmas que se desvanecen, espectros que van buscando errantes una tumba como el ave nocturna busca sigilosamente su madriguera cuando brilla la esplendorosa luz de un nuevo día. ¿Y todo lo devorará la nada? No, no puede ser. La renovación es la ley de la vida. El aliento de las cataratas y de los torrentes se condensa en nubes; los fragmentos que el sol deja en los espacios al sacudir sus rayos como crines desprendidas de su guedeja, se convierten pronto en nuevos astros, nuevas gotas de luz que esmaltan el árbol de los cielos; la semilla que la flor despojada de su corona de pétalos y seca ya sacude sobre la tierra, dá un nuevo árbol sobre el cual se alzan flores que ostentan los matices de la luz en su corola y embriagan el aire con sus aromas; el águila, reina solitaria de los espacios, antes de abatir para siempre su vuelo y de espirar en el

pico de la montaña calcinado por el rayo que ha sido su trono, se goza en ver que sus hijuelos pueblan los aires y van á llevar en su agudo cántico á las nubes el pensamiento de la tierra; todo, todo se renueva en el círculo inmenso de la vida, ¿y sólomente los inmortales, los dioses, habrán de tener ménos trasformaciones que el insecto? No, no. Yo, aquí, en este juicio universal de divinidades caducas y espirantes, en que un esclavo cuyos ojos no hubieran sido osados á mirarlas antes, las marca con el hierro candente de su reprobacion, y caen al punto como el salvaje toro herido por las garras del tigre que se lanza rápido desde el árbol sobre su cuello; sí, yo aquí veo que el dios-naturaleza, ahumado de incienso, harto de carne, embriagado de sangre humana, sordo ya de puro oír plegarias y oraciones, envejecido y caduco, blanca la barba como formada de nubes que ya no brillan con los colores del iris, macilento el semblante que ya no anima ninguna idea, turbios los ojos que ya no despiden ninguna luz; despues de haber pisado el cáos cuando hervia en primera explosion la materia, despues de haber encerrado los astros en los espacios como el labrador encierra los enjambres de abejas en la colmena, despues de haber recibido el beso de todas

las áuras y de todas las brisas; ahora que vé levantarse con un nuevo celaje una nube que no ha rozado sus lábios, un eco que no ha salido de su lira de encinas, sí, el espíritu, cuyo calor llega hasta el alma del esclavo, ahora se desespera, enferma, se hastia y envejece, y se torna impotente é imbécil, y con aras y con ídolos y con templos enciende una hoguera á la cual se arroja acompañado de sus oráculos, como el déspota de Asia despues de haber sorbido el último trago de vino y de haber libado el último beso de amor, se mata con todos sus esclavos en el mismo lecho donde ha visto agotarse todos los placeres. Con los restos de todas las divinidades por aquí esparcidas formaré un nuevo dios que abrace toda la naturaleza. Dadme la almohada de estrellas en la cual apoyaba su frente Ganesa para ver salir de los abismos la tierra; la corona de soles y la copa de oro en que Indra guardaba la luz y la vida del Universo; el tridente con que Mahadeva guiaba por los mares los azules caballos cuyas crines eran los vientos; el espejo de azabache en que Yama veía pasar todas las cosas como nubes en oscuro cielo; la túnica de nieblas que arrastraba Cricna entre las hojas de los bosques y las celestes orillas de los lagos; el car-